

la ciudad. Trecentos veinte y seis años despues de su muerte el Papa Clemente VIII, movido de la devocion de los Reyes, y de los pueblos, y de un gran número de milagros, le canonizó solemnemente el dia 2 de abril del año 1016.

SAN ILDEFONSO, ARZOBISPO DE TOLEDO.

SAN Ildefonso, uno de los mas brillantes astros de la Iglesia, uno de los mas insignes ornamentos del orden episcopal, y gloria inmortal de su patria, nació en la ciudad de Toledo á principios del siglo VII. Sus padres, Estéban y Lucía, muy distinguidos en aquella capital por su nobleza y riquezas, pero mucho mas por su piedad, vivieron muchos años en su dichoso matrimonio con la pena de no tener sucesion para su consuelo. Recurrieron al Señor, para la consecucion de sus deseos, con fervorosas oraciones y obras de caridad, valiéndose de la intercesion de la Virgen santísima, con la promesa de consagrar á su servicio el fruto, que se dignase Dios concederles. En efecto, oyó el Altísimo con agrado sus peticiones: concibió Lucía, y dió á luz un modelo de perfeccion como Ildefonso, nombre significativo de glorioso. La devota madre, señora de grande mérito, quiso encargarse por sí de su primera educacion, y formarle en la virtud desde sus primeros años; mas como en el niño esperimentó desde luego aquellas nobles disposiciones de naturaleza, y gracia, que no solo facilitan, sino es que allanan el camino de la perfeccion, costóle poco trabajo conseguir el intento. Sin exageracion puede decirse que fué siempre virtuoso, amable por su hermosura, agradable por su condicion, querido por su mansedumbre, estimado por su humildad, distinguiéndose en él, sobre otras recomendables prendas, la compasion para con los pobres, aun en edad poco sensible de las miserias humanas.

Enamorado su tío S. Eugenio (despues tercero Arzobispo de Toledo) de las apreciables cualidades del sobrino, tomó á su cargo instruirle en los primeros rudimentos; y descubriendo en él un ingenio vivo, sólido y penetrante, acompañado de una increíble madurez de juicio, y profunda capacidad para las ciencias, le envió con la mas escesiva recomendacion á S. Isidoro de Sevilla, que florecia por entonces en España, como oráculo de sabiduria, á fin de que aprendiese en su escuela las letras humanas y divinas; siguiendo la práctica de muchos personajes del reino, que para el mismo efecto dirigian sus hijos al seminario de enseñanza pública, que habia erigido en Sevilla aquel sabio é ingeniosísimo maestro. Recibido por S. Isidoro con las demos-



S. ILDEFONSO.

traciones del mayor afecto; experimentando por su trato los extraordinarios talentos de Ildelfonso, y el gran fondo de su virtud; se esmeró en el cultivo de aquella noble planta en términos, que en breve tiempo hizo admirables progresos en las ciencias humanas, y no menores en la de los Santos. En la graciosa compostura de su semblante se leía el candor de su alma, y en todas sus operaciones se dejaba conocer su inocencia, y pureza de costumbres, de forma, que si alguna vez se descuidaban los compañeros en alguna espresion menos decente, al punto se llenaba de rubor el rostro; y haciéndose respetar aunque jóven por su virtud eminente, su modestia contenía á los mas libres, no atreviéndose en su presencia á suscitar conversacion menos honesta.

Después que ocupó doce años en el estudio de la referida escuela, con mucho pesar de su maestro, que sintió en el alma la despedida de un discípulo de tan recomendables prendas, volvió Ildelfonso á Toledo, donde fué recibido de sus padres con las demostraciones de júbilo que caben en los que ven cumplidos en el aprovechamiento de sus hijos cuanto pueden apetecer sus deseos. No menores muestras de placer dieron á su arribo los ciudadanos de aquella capital, que le esperaban ver con impaciencia, movidos de los hechos que publicaba la fama de sus admirables progresos en las ciencias, iguales con los de su santidad. Venía el santo jóven tan herido con la flecha del amor divino, y tan desengañado de la farsa del mundo, que no dejándose preocupar de las lisonjeras esperanzas que la fortuna ofrecía á su mérito en el siglo, solo pensaba buscar asilo á la inocencia, cuya resolucion no puso antes en ejecucion por habilitarse en las instrucciones necesarias para las nobles ideas que premeditaba en su corazón.

Cuando en la corte de Toledo vivía Ildelfonso como maravilla de ella, aplaudido y aun venerado de todos por su sabiduría, circunspeccion, retiro y devocion, alentó Dios sus deseos de retirarse del mundo, para atender únicamente á su salvacion; y siguiendo tan acertada vocacion, resolvió vestir el hábito del Orden Benedictino en el monasterio de S. Cosme y S. Damian, contiguo á la ciudad, llamado Agaliense en la antigüedad, floreciente en su tiempo en la primitiva observancia religiosa; para lo cual se huyó de su casa secretamente. Apenas supo su padre la resolucion del hijo, acompañado de gente armada, pasó á extraerle por fuerza del espresado convento; pero ocultándose el Santo, vista la comitiva, entre las ruinas de unas bardas, ó tapias, burló así el exámen y esquisitas diligencias que en su bus-

ca hizo el determinado padre, y quedó en libertad Ildelfonso para lograr sus deseos.

No es fácil poder explicar la pena y sentimiento de Estéban en su regreso á Toledo. Quejábase amargamente de su infeliz suerte, discurriendo haber perdido una sucesion tan deseada, en que vinculaba todo su consuelo. Muy al contrario pensaba la piadosa madre, pues acordándose del voto hecho á la santísima Virgen en su concepcion y nacimiento, y escrupulizando quitar á su Majestad la víctima tantas veces ofrecida en sus oraciones, se condujo al monasterio; y en lugar de sentir la resolucion tomada por Ildelfonso, le alentó á permanecer en su propósito, exhortándole con sabios y prudentes documentos á que procurase arreglar el tenor de su vida al espíritu de aquel santo instituto, encargándole sobre todo, que acreditase con sus obras el desempeño de su consagracion á la santísima Virgen, teniendo presente el particular encargo que desde sus tiernos años le tenía hecho sobre que se esmerase en su servicio, al que desde niño correspondió el Santo fielmente; de forma, que cuando no pueda decirse que nació al mundo con la devocion de la Reina de los Angeles, por lo menos es cierto que se anticipó al uso de la razon, justificándolo así la ternura y afecto con que repetía la salutacion angélica con su balbuciente lengua, apenas principiò á hablar.

Constituido en el claustro el santo jóven, no es fácil explicar los progresos que hizo en la religion en muy poco tiempo: su obediencia, humildad, modestia, fervor, mortificacion, penitencia, afabilidad y aplicacion al estudio llenaron de asombro á los monges, que le estimaban como á un hombre venido de los cielos. No fué menor el aprecio que hizo de su persona S. Heraldo, Arzobispo á la sazón de Toledo, quien tuvo el consuelo de conferirle el diaconado; y si cabe escedió su estimacion en los sucesores para con aquel Prelado celeberrimo, Justo, y su tío S. Eugenio.

Vivía Ildelfonso en el retiro del claustro anegado en las mas dulces contemplaciones divinas, y ocupado en las mas útiles literarias tareas, cuando ocurrió la muerte del abad Deodato; y todos los monges pusieron en él los ojos para sucesor de aquel Padre de tanto mérito. En vano solicitó escusarse, alegando los cortos años de su edad, los pocos de religioso, la falta de experiencia y demás requisitos para el desempeño del empleo; pues constando á los religiosos su mérito, eminente virtud y consumada prudencia, insistieron en la eleccion á pesar de su resistencia. Por algunos años administró la Prelacia, portándose con

tanta dulzura y destreza en el manejo, que sobre los aumentos temporales que adquirió el monasterio por su medio, le adelantó considerablemente en lo espiritual, haciendo que en él brillase el primitivo fervor de la observancia religiosa. La estremada caridad con que trataba á sus súbditos, la vigilancia con que atendía á socorrer todas sus necesidades; la afabilidad paternal, urbanidad, y cortesanía, acompañada de cierto aire de santidad, que se dejaba ver en sus acciones, le hicieron dueño de los corazones de todos, valiéndose de su afecto para adelantarles en la perfección, mas con su ejemplo que con sus palabras.

A poco de ser Abad murieron sus padres, y habiendo dejado á disposición de Ildefonso su cuantioso patrimonio, le invirtió en obras piadosas: memorable entre otras el célebre monasterio de religiosas Benedictinas, que edificó en predio propio, llamado Dubiense ó Deibense, á las que dió los mas sabios y acertados reglamentos para que aspirasen á la perfección. No se distrajo por estas obras de caridad de las obligaciones de su ministerio, de las divinas contemplaciones, intensísimo estudio, ni del esmero con que siempre atendió al culto divino, objeto principal de todas sus atenciones, bien acreditado en las admirables composiciones que hizo del oficio eclesiástico.

Ocurrió por aquel tiempo el fallecimiento de su tío Eugenio, tercer Arzobispo de Toledo, y para enjugar las lágrimas que ocasionó la muerte de aquel célebre Prelado, á propuesta del Rey y aclamación del pueblo se hizo la elección de sucesor en su sobrino Ildefonso, bajo el concepto de no haber sugeto mas digno en todo el reino; pero solo restaba rendir su voluntad, muy distante de apeteer toda clase de honoríficos empleos. Apenas entendió la promoción, no omitió medio alguno que pudiera contribuir á escusarse, confesando humildemente su debilidad é inaptitud para el desempeño del ministerio, manteniéndose inflexible á las instancias mas fuertes, hasta que reconvenido de que resistía á la voluntad de Dios, bien conocida en tan visibles pruebas, sujetó al yugo del Señor sus hombros por obediencia.

Apenas aquella luz, encendida con el fuego del amor de Dios dentro del claustro, se colocó en el candelero mas eminente de la Iglesia de España, cuando principió á ilustrar con los rayos de sus brillantes resplandores, no solo los dilatados ámbitos del Arzobispado de Toledo, sino es los mas remotos de todo el reino. La nueva dignidad solo sirvió para aumentar su fervor y mayor celo, ofreciéndose en ella como un modelo de todos los requisitos que exige el Apóstol en los perfectos Prelados. No alteró su humildad la distinción del empleo, ni en él omitió los ejerci-

cios de religiosa observancia, que guardaba en el monasterio: á sus súbditos trataba con tanto amor, dulzura y benevolencia, que hecho dueño de los corazones de todos, le amaban como á padre, y le veneraban como á santo pastor, correspondiendo el rendimiento á sus órdenes, al espíritu con que las dispensaba: sobre todo su modestia, frugalidad y humildad le hicieron mas respetable. En nada quiso ser magnífico sino en las limosnas: hasta ahora se conserva la memoria de su piedad en la comida diaria de treinta pobres que da la santa Iglesia de Toledo por fundación suya: testimonio auténtico de lo que practicaria su inagotable caridad en vida con los necesitados, que le llamaban tutor y padre á boca llena.

Serian necesarios muchos volúmenes para referir con individualidad las acciones memorables de este insignísimo prelado; su celo en reprender la relajación de las costumbres era igual con su santidad; su erudición, gracia y elocuencia en el púlpito le merecieron el renombre de Crisóstomo; su asistencia á los divinos oficios fué singularísima, procurando desembarazarse de otros cuidados para no faltar al culto divino, á fin de alentar á los demás con su ejemplo; su magnificencia en perdonar injurias, y su pacífica tolerancia en sufrirlas, no tuvo término: en sustancia, supo conciliar de tal modo las virtudes que constituyen el carácter de un prelado santo, sabio, prudente y discreto, que ofreciéndose era así grave con suavidad, suave con gravedad, recatado, recogido, amable y compuesto, edificaba á cuantos con él trataban; y no le habló alguno que no le quedase aficionado.

Con su emnente virtud fué igual la sabiduría; pero con tanta elegancia y grandeza de ingenio, que su elocuencia mas parecia divina que humana. Así lo acreditan las admirables obras que compuso para ilustración de la Iglesia, referidas por su discípulo S. Julian, arzobispo de Toledo, en el apéndice de los Varones ilustres, como son: el libro de la perpetua virginidad de la Virgen Santísima, el de Prosopopeya de la imbecilidad humana, ó propia flaqueza: los opúsculos de la propiedad del Padre, Hijo y Espíritu Santo: el de Anotaciones á las acciones divinas: el de Anotaciones *in sacris*: el del Conocimiento del Bautismo: el del Progreso al desierto espiritual: las Epístolas que escribió á diferentes sugetos: las composiciones de Misas, Himnos y Sermones, Homilias, Versos, Epitafios y Epigramas: el Tratado de Varones ilustres, continuación al libro de S. Isidoro de Sevilla. Y aun añade S. Julian que escribió otras muchas obras, bien que impedido con varias molestias y ocupaciones, dejó unas principiadas,

y otras por concluir; pero sin embargo á ser tan auténtica la referencia de los escritos dichos, como por un testigo de tanta escepcion como S. Julian su discípulo, habiéndonos robado el tiempo muchos de ellos; en la edicion magnífica impresa en el año 1782 con la mayor escrupulosidad y crítica á espensas del celo y exactitud del eminentísimo señor D. Francisco Antonio Lorenzana, arzobispo de Toledo, tenemos en el dia por legítimas obras del Santo el libro de la perpetua virginidad de la Santísima Virgen contra sus impugnadores: el de Anotaciones sobre el conocimiento del Bautismo: el del Camino al desierto espiritual; y la continuacion al libro de Varones ilustres de S. Isidoro. Por dudosos, el libro del parto de la Virgen, y los sermones que en la misma edicion se citan; y por espurios, el libro de la corona de la Virgen; continuacion del cronicon de S. Isidoro; y los epigramas que se indican. El arzobispo D. Rodrigo dice: que los escritos de S. Ildefonso fueron leidos y aprobados en los concilios; fortaleciendo en la fe á los pusilánimes, como manjar de la divina gracia; mereciendo por ellos el renombre de Doctor de la Iglesia, y con especialidad de la de España.

Aunque en todos los referidos escritos brilla la profunda sabiduria de Ildefonso, donde mas se esmeró su ciencia y celo fué en la defensa de la perpetua virginidad de la santísima Virgen contra los impugnadores de gracia tan singular. Florecia por entonces en España, y con especialidad en Toledo, la devocion de la Reina de los Angeles; de lo que envidioso el infierno, despertó en la Galia Gótica ciertos perversos herejes; los cuales, renovando la herejía del Helvidio y Joviniano, se atrevieron á manchar con execrable osadía la pureza de la Madre del Redentor, negándole la prerogativa de su perpetua virginidad. Pasaron á España estos hombres malignos con el perverso intento de estender en el reino tan abominable blasfemia; pero apenas llegó á noticia de Ildefonso, cuando se armó contra ellos con no menor brio y erudicion que el Padre S. Jerónimo, en su tiempo, contra los primeros autores de la herejía. Y no satisfecho con cuantos medios le fueron posibles para rebatir y confundir el error, escribió un maravilloso libro con elegante estilo sobre el asunto de la controversia, con el que confundió á los sectarios, y los desterró de España, capaz de volver por el honor vulnerado de la Señora, á quien fué tan agradable este obsequio, como lo acreditó el siguiente prodigio, auténtico testimonio de su fineza.

En el dia de Sta. Leocadia pasó á su templo el Santo con el Rey, clero, y pueblo á celebrar la festividad de aquella ilustre mártir toletana; y estando en oracion sobre su sepulcro, con ad-

miracion de todos los concurrentes principió á elevarse la grande lápida que le cubria, y saliendo de él la Santa, despues de trescientos años siguientes á su muerte, tocándole con la mano, le habló en estos términos: *Por ti vive la gloria de mi Señora, Ildefonso.* Pasmáronse todos á vista de tan extraordinaria novedad: solo el Santo sin alguna turbacion, lleno de confianza en el Señor, la suplicó humildemente se dignase interceder con Dios por todos los ciudadanos de Toledo: y para que quedase una memoria perpetua de tan singular prodigio, al restituirse la Santa al sepulcro, con la daga del Rey le cortó Ildefonso parte del velo, que cubria su cabeza, el cual se conserva en aquella santa iglesia. No quedó reducida la satisfaccion de la Reina de los Angeles á la demostracion espresada, pues por sí misma quiso honrar á su capellan y siervo en los términos que diremos en la festividad de su descanso.

Ultimamente, lleno Ildefonso de merecimientos, á los setenta y dos años y veinte dias de vida, veinte y ocho de religion, nueve, un mes y veinte y cuatro dias que gobernó su obispado, como un verdadero sucesor de los Apóstoles, pasó á disfrutar los premios eternos en el dia 23 de enero del año 669 segun la computacion mas regular. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Sta. Leocadia, contiguo al de su tío S. Eugenio; y sobre la lápida grabó su discípulo Julian un epitafio espresivo de las proezas de este pastor celeberrimo. Allí se mantuvo hasta la irrupcion de los Arabes en España, en la que, temerosos los fieles de que cayese en sus sacrílegas manos tan precioso tesoro, le trasladaron á la ciudad de Zamora, donde le depositaron en la iglesia de S. Pedro; pero habiendo padecido igual desgracia aquel pueblo que Toledo, le ocultaron los cristianos en el mismo templo: conservándose incógnito todo el tiempo que ocuparon la ciudad los Agarenos, y mucho despues, por no haber dado crédito á un pastor de conocida virtud, que indicó el sitio de su permanencia de orden del mismo Santo, quien le envió para ello. En esta disposicion se mantuvo hasta el año 1260, siendo obispo de Zamora D. Asuero, en cuya feliz época fué descubierto con motivo de la reedificacion de aquella iglesia, en la ereccion de los cimientos en el sitio que señaló el pastor dicho, incluso en un sepulcro de piedra, dentro de un arca de ciprés, ambas con inscripciones que denotaban ser el depósito del cuerpo de S. Ildefonso arzobispo de Toledo, confirmando su identidad el olor suavísimo que despedia, con otros muchos prodigios que el Señor se dignó obrar por intercecion de su siervo

Estraido de aquel sitio en el año 1455, á virtud de los continuos clamores del pueblo sobre que se colocase en lugar público, para satisfacer su devocion, se depositó al lado derecho del altar mayor de dicho templo; donde se mantuvo hasta el año de 1596, en el que D. Rodrigo Mendez, obispo de Zamora, incluyéndole en una preciosa arca de plata, le trasladó al medio del mismo altar mayor con las reliquias de S. Atilano, prelado de aquella iglesia, donde se le tributa el culto y veneracion correspondiente.

SAN ANASTASIO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES.

Uno de los ilustres mártires de Jesucristo que testificaron con su sangre las infalibles verdades de nuestra Santa Religion fué S. Anastasio natural de Lérida, ciudad del principado de Cataluña. Siguió éste en su juventud la carrera militar en una de las legiones que tenian los Romanos en España; pero conociendo la vanidad de los honores á que aspira la profesion de las armas, resolvió en lo mas florido de sus años alistarse bajo las banderas de la milicia de Jesucristo, en la que son los premios mas seguros.

Movieron los emperadores Diocleciano, y Maximiano contra la Iglesia aquella tan sangrienta persecucion que nos refiere la Historia Eclesiástica en principios del siglo IV, en la que puede decirse, que corrian arroyos de sangre por todos los pueblos del imperio Romano á fuerza de los enormes castigos que hacian los paganos en los inocentes fieles. Llegó esta terrible tempestad á España con tanta violencia, y con tal rigor, que en pocos meses murieron un crecidísimo número de mártires sacrificados al furor de Daciano, gobernador de la provincia de Tarragona, uno de los ministros mas bárbaros que nombraron los Emperadores dichos para llevar adelante sus impías intenciones. Dejó esta fiera vestida en el exterior de la carne humana horrorosas señales de su inhumanidad en todos los pueblos por donde hizo tránsito, y habiendo sabido luego que se presentó en Tarragona los progresos que el famoso soldado Anastasio hacia en la Religion Cristiana, estimándolos por un notorio desprecio de los edictos imperiales, mandó á sus ministros que lo condujesen preso á aquella capital, que era donde tenian su residencia los gobernadores de la provincia.

Quiso Daciano probar la constancia del esforzado militar con ventajosas promesas, y con terribles amenazas para obligarle á que sacrificase á los dioses romanos; pero viendo que de nada

aprovechaban todos sus arbitrios, dió orden para que lo pusiesen en un oscuro calabozo cargado de pesadas cadenas, con ánimo de que perdiese la vida á fuerza de los trabajos, y de las miserias de una prision dilatada; cuya idea adoptaron muchos tiranos por no padecer la vergonzosa confusion de verse vencidos de los ilustres mártires puestos en cuestion de tormentos, como lo experimentaban cada dia á pesar de sus diabólicas invenciones. Entró Anastasio lleno de alegría en la tenebrosa cárcel, donde pusieron á su valor en las mas terribles pruebas la intolerable hediondez, la densa oscuridad del calabozo, la hambre, la sed, y otras innumerables penalidades; pero como sus deseos no eran otros que sacrificar su vida por amor de Jesucristo, sufrió todas aquellas incomodidades no solo con inalterable paciencia, sino con un gozo extraordinario como si pasara una vida deliciosa: es verdad que el Señor, que cuida de sus siervos, templó las amarguras del ilustre jóven con la abundancia de los interiores consuelos que derramó sobre su dichosa alma.

Supo el bárbaro gobernador que en lugar de abatir la fortaleza de Anastasio la dureza de la prision, le daba mayor aliento para declamar contra las ridículas supersticiones del gentilismo, y queriendo vengarse de aquel militar que así despreciaba los decretos de los principes del mundo, dió orden para que lo llevasen á Barcelona cargado de cadenas. Intentó en aquella ciudad con nuevo empeño precisarle á que ofreciese sacrificio á los dioses romanos; pero la heroica constancia con que se negó á cometer una impiedad tan execrable, enfureció de tal suerte á Daciano, que mandó llevarlo inmediatamente á un pueblo inmediato llamado Badalona, donde le decapitasen con otros setenta confesores de Jesucristo: cuya inieua providencia se ejecutó en el dia 23 de enero en principios del siglo IV, logrando todos por este medio la apetecida corona del martirio.

La Oracion de la Misa es la que se sigue:

O Dios, que escogiste al bien- concédenos por su intercesion
aventurado Raimundo para que que hagamos frutos dignos de
fuese insigne ministro del Sa- penitencia, y que arribemos
cramento de la Penitencia, y felizmente al puerto de la sal-
con singular maravilla le hiciste vacion eterna. Por nuestro Se-
pasar por las ondas del mar, ñor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo 31 del libro del Ecclesiástico.

Bienaventurado el varon, que se encontró sin mancha, y no

se condujo tras del oro , ni esperó en los tesoros del dinero. ¿Quién es este , y le alabaremos? El que hizo cosas admirables en su vida. Para el que dió pruebas de este proceder , y fué perfecto , será su gloria eterna. Pues pudiendo quebrantar la ley , no la quebrantó , y hacer cosas malas , no las hizo. Por lo mismo se han establecido sus bienes en el Señor , y toda la Iglesia de los Santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES.

Segun el Sabio , tan dificultoso es encontrar un hombre , que no corra tras el dinero , como hallar un hombre sin tacha. El interés en todas partes domina. Dichoso aquel que verdaderamente se hallare exento de esta pasion , porque en realidad no será para él empeño muy arduo conservarse en la inocencia. Es muy rara la virtud , que esté á prueba de interés. Así como la justicia contiene en sí todas las virtudes , así la avaricia contiene todos los vicios.

¡Qué vanidad tan ridícula ! tenerse por mas que los otros , porque posee mas bienes que ellos. El dinero por sí solo no da mérito. Un libertino lleno de oro es un libertino que brilla ; mas no por eso es menos libertino. El mérito le da la virtud : y la virtud no se compra con dinero.

Feliz aquel que no coloca la esperanza en las riquezas , y que conociendo su insustancialidad , no se deja deslumbrar del falso resplandor que descubren. Feliz el que considerándose como administrador de sus bienes , solo se sirve de sus tesoros para comprar el cielo con limosna. *Quis est hic ?* esclama el Sabio. ¿Quién es este ? y le alabaremos como un prodigio , porque es una serie de maravillas : *Fecit enim mirabilia*. Su virtud es virtud á toda prueba. ¡Qué de lazos ! ¡Qué de peligros no rodean á un hombre rico ! Casi todo es tentacion para él. La abundancia estorba mas para la salvacion , que la pobreza. Conservar el corazon puro , libre , desinteresado , en medio de los tesoros , es el ápice de la perfeccion , es un milagro. Por eso se recompensa con una eterna gloria. Tanta verdad es que las riquezas solo son útiles á los que las desprecian , y que rarísima vez se las ama inocentemente.

La facilidad que tienen los grandes y los poderosos para quebrantar los mandamientos , es el mayor elogio de los que los guardan en medio de las grandezas y la abundancia. La regularidad , la vida ejemplar de un hombre opulento añade especial lustre á la virtud , y hace honor á la religion. Los tesoros de los

avarientos se desvanecen ; las mas elevadas fortunas se hunden : las herencias de los justos son únicamente las que se burlan de la inconstancia de los tiempos , porque el Señor las conserva.

El Evangelio es del capitulo 12 de S. Lucas.

En tiempo que Jesucristo predicaba su celestial doctrina , dijo á sus discipulos : Tened ceñidos vuestros lomos , y en vuestras manos hachas encendidas. Y sed semejantes á aquellos hombres , que esperan á su Señor cuando vuelva de las bodas : para que cuando venga y llame á la puerta , le abran al instante. Bienaventurados aquellos siervos , que cuando viniere su Señor les encontráre vigilantes. En verdad os digo : que en este caso se ceñirá él mismo , los hará sentar á la mesa , y pasando les servirá. Felices si así los encuentra , aunque venga en la segunda , ó tercera vigilia de la noche. Tened esto entendido : porque si supiese el padre de familias la hora en que pudiera venir el ladron , velaria sin duda , y no le dejaria escalar su casa : estad prevenidos , porque el Hijo del hombre vendrá en la hora que no pensais.

MEDITACION.

De la vigilancia cristiana.

PUNTO PRIMERO.— Considera que ninguna cosa se nos ordena mas espresamente en el Evangelio , ninguna es mas indispensable , pero ninguna es menos observada , que el velar sin cesar.

Vivimos todos en medio de un pais enemigo : la vida del hombre es una continua guerra ; todo es peligro , todo es tentacion. Los sentidos caminan de acuerdo , y tienen inteligencia con el enemigo ; las pasiones no pierden ocasion de amotinarse ; la razon en materia de costumbre á cada paso se engaña ; nuestro mismo corazon nos hace traicion. Y con todo eso , en medio de tantos peligros vivimos con la mayor seguridad , sin desconfiar en nada. ¿Pues de qué nos admiramos , si tantos perecen miserablemente ?

El aire del mundo es contagioso , y nos esponemos á él sin preservativo. El enemigo de la salvacion , semejante á un leon furioso , anda rugiendo al rededor de nosotros , buscando coyuntura para despedarnos , sin que sus rugidos nos hagan despertar de nuestro letargo. Caminamos con los ojos cerrados por

medio del precipicio. Esponémonos á mil combates, sin precaucion y sin armas. ¡Y nos admiramos de que tantos se condenen! Mas nos debiéramos admirar si con tan poca vigilancia se salváran muchos.

No hay que buscar fuera de nosotros mismos las pruebas de esta verdad. ¿Desvelámonos por ventura mucho en el negocio importante de nuestra salvacion? ¿Hasta donde llega en este punto nuestra vigilancia? ¿Tenemos bien conocidas las fuerzas y los artificios de nuestro enemigo? ¿Estamos prontos á resistirle? ¿Sabemos bien los medios para vencerle? Estos, y no otros son los efectos de la vigilancia cristiana. Aquellas almas cobardes y descuidadas; aquellos cristianos flojos y adormecidos, ¿experimentan en sí estos preciosos efectos? ¿Reina la vigilancia cristiana en esas concurrencias de la profanidad, en esos bailes, en esos saraos, en esos juegos, en esas fiestas del mundo? ¡Y luego estrañarémos que sea tan limitado el número de los escogidos!

Dichoso, Señor, el siervo á quien halláreis velando; y desdichado de mí, si me encontráreis durmiendo.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la vigilancia cristiana debe estar acompañada de la oracion. Esta consigue los auxilios del cielo, que necesitamos para combatir; y la vigilancia nos constituye en estado de podernos aprovechar ventajosamente de estos auxilios: *Velad y orad*, dice el Señor, *para que no caigais en la tentacion*. Orar sin velar es presumir de la gracia, lisonjeándose de vencer sin combatir, y sin estar continuamente alerta contra el enemigo. Velar sin orar es presumir temerariamente de las propias fuerzas, esponiéndose al peligro con igual temeridad. Toda la vida del cristiano es una continua guerra: la vigilancia, y la oracion deben ser el ejercicio de todos los dias. ¿Y nos hemos ocupado hasta aquí todos los dias en este ejercicio?

¿Qué es lo que pobló los desiertos de tanto solitario ilustre? La obligacion que tiene todo cristiano de velar y orar incesantemente. Aquellas grandes almas, aquellos héroes del cristianismo ¿tenian por ventura otras pasiones que domar, otros riesgos de que huir, otros enemigos que vencer? ¡Ah! que la mayor parte de ellos tenian cien veces menos que combatir que nosotros. Y con todo, ¡cuanta fué su aplicacion, qué continuo su cuidado en orar y en velar! ¿Y cuanto es el nuestro? Ellos vivian en el desierto, y nosotros en medio de un mundo corrompido y tentador, espuestos á mil golpes: y estamos en él sin

defensa. ¡O qué diferencia de conducta! ¡Pues qué, unas almas inocentes, de todas edades, de todos sexos, de todos estados, cerradas en una estrecha celda, siempre con las armas en la mano, siempre en centinela dia y noche, temen ser sorprendidas; y unos hombres, por la mayor parte ya derribados, estremadamente flacos, pasan tranquilamente los dias, entregados á todo género de diversiones, á discrecion de un enemigo sagaz, y artificioso, que perpetuamente nos rodea para perdernos! Compongamos esta seguridad con la vigilancia de los Santos.

S. Raimundo renunció el mundo, con todas las prelacias y dignidades del estado religioso, para entregarse á una vida privada, para ser siempre siervo atento y vigilante. No contento con haber velado toda la vida en el negocio de la salvacion, renueva la vigilancia en los últimos treinta y cinco años que vivió. Bienaventurados los siervos á quienes, cuando viniere el Señor, los encontráre velando. Bienaventurados los que estuvieren despiertos en la segunda, y en la tercera vigilia. Si hubiera venido el Señor, ¿me hubiera encontrado de esta manera?

Eternamente seais bendito, Padre de las misericordias, porque no habeis querido cogermé desprevenido. ¿Pero qué castigo no mereceré si despues de esta meditacion me cogiereis de repente en la hora en que viniereis? No, mi Dios: espero que no me ha de suceder esta desgracia. Resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á orar, y á velar con tanto cuidado lo que me restáre de vida, que no me cojais sin prevencion, y de repente.

JACULATORIAS. — Siempre fijaré los ojos en el Señor, esperando que me libráre de los lazos de mis enemigos. (*Psal. 24.*)

Velad y orad, para no caer en la tentacion. (*Matth. 26.*)

PROPOSITOS.

1 Ten siempre en tu cuarto algun escitativo que te despierte la memoria de estar siempre velando, y de vivir prevenido contra un enemigo, que nunca se duerme: la imágen de un crucifijo, la de la muerte, alguna sentencia sacada de la sagrada Escritura, singularmente esta: *Velad y orad*, porque vendrá el Hijo del hombre cuando menos lo penseis: *Vigilate, et orate, quia quæ hora non putatis Filius hominis veniet*. Examina si estás enredado en alguna ocasion peligrosa: y no se

pase el día sin apartarte de ella, sin desviar de ti cuanto te pueda servir de embarazo para salvarte. Desconfía de todo, aun de tus mismos propósitos, hasta que veas los efectos.

2 Fuera de estos devotos medios, pequeños en su entidad, pero realmente de grandísimo socorro, no dejes de observar cuidadosamente los siguientes: Un día de retiro cada mes, sin que en esto haya jamás falta. Una confesion general todos los años, ó al fin de ellos, ó el día en que los cumplas. Ten un crucifijo destinado para que te auxilién con él en la hora de la muerte. Dispon tu testamento; y caso de tenerle ya dispuesto, si hubiere que mudar, hazlo en el mismo día. Si hay alguna restitucion que hacer, ó algun daño que reparar, guárdate bien de dejarlo al cuidado de tus herederos: ejecuta por tí mismo uno y otro sin dilacion. ¿Qué motivo hay para creer que los otros serán mas activos ni mas exactos en cumplir con nuestras obligaciones que nosotros mismos? Luego que te sientas indispuerto, llama al confesor, y confiésate como para morir, aunque no haya sombra de peligro. Finalmente, en dando el reloj ten la piadosa costumbre de rezar el *Ave Maria*, diciendo con Sta. Teresa: *Ya tengo una hora menos de vida; ya estoy mas cerca de la eternidad.* Portémonos como aquellos que están amenazados de ladrones. ¡Qué vigilancia! ¡qué cuidado! ¡qué precaucion! El mismo Jesucristo nos enseña este medio. Gran dolor tendrémós si no nos aprovechamos de él.

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

EL NACIMIENTO DE SAN TIMOTEO, discipulo de S. Pablo Apóstol, por quien fué ordenado obispo de Efeso; despues de haber sufrido por Jesucristo muchas peleas, reprendiendo cierto día á los Geníles que sacrificaban á Diana, le apedrearon, y á poco rato entregó su alma al Señor. (*Véase su vida en las de este día.*)

SAN BABILÁS, obispo, en Antioquia, el cual en la persecucion de Decio despues de haber muchas veces glorificado á Dios con sus trabajos y tormentos, acabó gloriosamente su vida en la cárcel cargado de cadenas, con las cuales mandó fuese enterrado su cadáver. Se dice que con él sufrieron el martirio los tres jóvenes Urbano; Prilidiano, y Epolonio, á quienes habia instruido en la fe católica.

LOS SANTOS MÁRTIRES MARDONIO, MUSONIO, EUGENIO, Y METELO, en Neocesarea, los cuales fueron quemados y sus reliquias echadas en el río.

SAN FELICIANO, en Fuligno, consagrado obispo de aquella ciudad